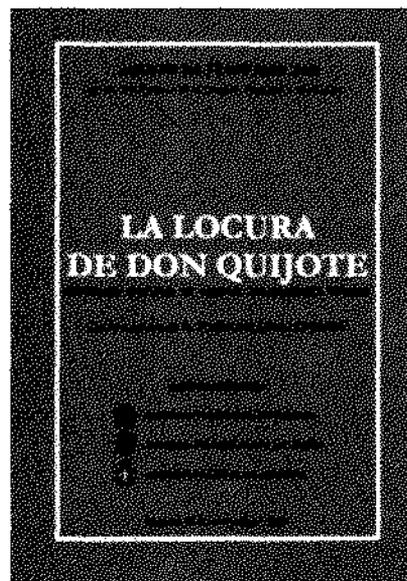


El libro “*La locura de Don Quijote*”

Del Académico Dr. Adolfo de Francisco Zea

Académico Dr. Efraim Otero Ruiz

La celebración, en 2006, de los 400 años de la primera edición de El Quijote ha producido, en Colombia y en el mundo, una verdadera eclosión de publicaciones y ensayos sobre diversos aspectos de la inmortal novela. Arrancando con el pulcro y accesible volumen que le ha dedicado la Real Academia y la Asociación de Academias de la Lengua Española, en que la obra de Cervantes se acompaña de notas de pie de página explicando al lector desprevenido muchos de los vocablos y giros idiomáticos de la época y se precede de enjundiosos ensayos de Mario Vargas Llosa, de Francisco Ayala, de Martín de Riquer y de Francisco Rico sobre el texto y las circunstancias que llevaron al Manco de Lepanto a escribir su magna epopeya; procurando revelar el impacto que tuvo sobre el mundo occidental, apenas cuando se cumplía el sesquicentenario de la invención de la imprenta. La Academia Colombiana, por su parte, se ha dedicado a recoger en preciosa compilación de gran formato los trabajos que los académicos de la lengua elaboraron y presentaron sobre el Ingenioso Hidalgo, cubriendo las diversas modalidades del personaje y su entorno, desde los aspectos médicos, económicos, sentimentales y legales pasando por la filología y la semántica hasta la flora, la ecología, la etnología y la filosofía de la Europa y la España de entonces. En esa recolección se incluyó lo que es hoy el capítulo sexto pero faltó, por razones de espacio y porque merecía sitio aparte, la totalidad de la erudita obra de Adolfo de



Francisco Zea sobre La Locura de Don Quijote, que nos ofrecen hoy en encomiable esfuerzo tripartita las Academias Nacionales de Medicina, de la Lengua y de Historia.

El libro aparece con la colaboración de Rubén Salazar Gutiérrez, internista y cardiólogo como él y escuchador no solo de los soplos de sus pacientes sino del corazón y la pluma de sus amigos. Con una introducción seguida de diez capítulos, rematados por un epílogo, nos va presentando la evolución de la mente del personaje, sus aparentes desvaríos y la interrelación que los mismos tienen con la sociedad que los rodea. Con una sentida originalidad que le recuerda a úno las antiguas películas de Ingmar

Bergman, el autor comienza su análisis en el lecho de muerte del hidalgo, perdida la batalla con la vida y con el Caballero de la Blanca Luna. Es como si se durmiera y para ese sueño, en que va renaciendo Alonso Quijano el Bueno, se repitiera la frase con que su paisano Rof Carballo encabezó, tres siglos después, su tratado sobre Medicina Psicosomática : El hombre duerme y aún entonces sueña que vive. La reconstrucción de la mente y sus desvíos la va haciendo de manera pausada y sistemática, precediendo cada capítulo con un epígrafe que sitúa al lector en el entorno de lo que se va a discutir, desde el libro del Exodo y los epodos de Horacio hasta nuestros días.

Pues evidentemente la obsesión del autor es la mutua relación entre mente y entorno y costumbres, entre lo que sucedió y lo que hubiera podido suceder, como aquella perplejidad que a muchos estudiantes de medicina nos asistía cuando visitábamos por primera vez los asilos o lugares de reclusión para dementes : serán ellos los insanos, o seré yo el que yerra en la interpretación de sus mismos desvarios. Ellos se sentirán cuerdos y me mirarán a mí como un loco que se atreve a asomarse a su mundo interior. Unos u otros lunáticos, -de qué forma impactarán en la equívoca sociedad que los produjo y a la que todos deben acomodarse?

La reconstrucción sistemática la deriva Adolfo de su profundo conocimiento del psicoanálisis y de los impactos reales de la obra de Freud. Efectivamente este médico de la Universidad Nacional, después de completar su periplo de brillantes especializaciones en Nueva York, México y París y regresar como uno de los cardiólogos jóvenes más importantes de los sesentas, fundador con otros de la Clínica Shaio, resolvió psicoanalizarse en el Instituto Colombiano de Psicoanálisis, más como un complemento cultural y anímico que como reemplazo o apoyo de su especialidad. Ello hace presencia en sus libros, especialmente en tres de los últimos ("Humanismo y Medicina" de 1998, "Sobre ideas de vida y muerte" de 2001 y "El mundo psicológico de Franz Kafka" de 2005) y en numerosos artículos o capítulos, el último de los cuales aparece a mediados de junio del presente año en la revista "Medicina", a fuer de conmemorar el sesquicentenario del nacimiento de Freud.

Su otra pasión ha sido la historia, de cuya Academia nacional es miembro hace una década, pasión que motivó en 1973 su ingreso a la de Medicina como Académico de Número con el trabajo "Descubrimiento de la circulación pulmonar en el siglo XIII". De ahí que el epígrafe inicial de Umberto Eco parezca dominar toda la presente publicación : Los libros siempre hablan de los libros y cada historia cuenta una historia que ya se ha contado. Aunque, en manos de Adolfo, la de la locura del Quijote parece estar apenas a punto de contarse.

Por eso cada capítulo parecería más un tratado erasmiano sobre cada aspecto, desde la identidad, personalidad y verdad hasta la cosmovisión del personaje y de su creador, pasando por secciones tan memorables como la de los sistemas de razonar y pensar del siglo XVI (capítulo VI), presidido por otro ecoico epígrafe que recuerda el "yo y su circunstancia" de Ortega y Gasset. Las extensas consideraciones clínicas y psiquiátricas realizadas al par de los conceptos filosóficos seculares nos llevan a lo que parece ser el capítulo medular y culminante de la obra, el décimo, que trata directamente sobre la supuesta insania de Don Quijote. Así preparado, el lector podrá concluir que esa "locura con lógica" de que habló Shakespeare a propósito de su Hamlet, no es sino el trasunto de una crítica descarnada a la sociedad y a las creencias de su época y no sólo a las andanzas caballerescas, tal como se viene interpretando hoy todo el contenido de la epopeya cervantina.

Pocos de los ensayos hasta ahora publicados reúnen tal cantidad de referencias bibliográficas (118), no recogidas al azar sino cada una leída y analizada en su significado más profundo. Ello nos hace pensar que se trata de un libro docto. Pero docto y ameno, en el sentido del soneto quevediano. Que provoca en el lector el ánimo de leer un capítulo tras otro, como si fuera el salto recíproco entre la luz y las neuronas del Ingenioso Hidalgo. Viaje fantástico, como lo dice en el epilogo, que tiene en cuenta que la interpretación de cualquier obra es un privilegio universal mientras prevalezca la honestidad y no el deseo de conquistar a cualquier precio la originalidad. *Beatus ille*, hubiera dicho Horacio.